

Habla de escritura

Dra. Gabriela Milone

(Conicet, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina)

Bolívar 41. 9ºB. 5000. Córdoba, Argentina

gabymilone@gmail.com

Resumen: En el presente artículo realizamos un acercamiento a la noción de “habla de escritura” de Maurice Blanchot, noción que recusa el lenguaje conceptual, atributivo y predicativo de la lógica occidental. De este modo, Blanchot postula una “escritura sin lenguaje”, vale decir, una escritura que es habla y cuya paradoja da cuenta de una ruptura, una interrupción, un desvío del lenguaje y el pensamiento.

Palabras claves: habla; lenguaje; escritura; pensamiento contemporáneo.

Abstrac: In the present article we realize an approximation to the notion of "talk about writing" (Maurice Blanchot), notion that rejects the conceptual, attributive and predicative language of the western logic. Blanchot postulates a "writing without language", writing that is a talk and which paradox realizes of a break, an interruption, a detour of the language and the thought.

Keywords: talk; language; writing; contemporary thought.

Habla de escritura

*¿Qué es lo que te atormenta, pobre habla que
nadie pronuncia, salvo por error?*

Maurice Blanchot, *El paso (no) más allá*

*¿Dónde hay menos poder? ¿en el habla, en la
escritura?*

Maurice Blanchot, *La escritura del desastre*

Es extraña la noción de “habla de escritura” [*parole d'écriture*] que aparece en algunos textos de Blanchot, extraña no sólo por el oxímoron que supuestamente articula, sino también porque aparece en algunas ocasiones tan sólo mencionada, otras veces brevemente desarrollada, pero siempre diseminada en varios de sus textos. Podemos encontrarla en el título del primer apartado de *L'etretien infini*¹, denominado “Habla plural (habla de escritura)”. A lo largo de los nueve capítulos que forman ese primer bloque del libro, encontraremos que Blanchot aclara que el habla “a la que intentamos acercarnos” es la escritura; que se trata de una experiencia no dialéctica del “habla de escritura que lleva una relación de infinitud y extrañeza”.² Y cada vez que Blanchot se refiera a este tipo de experiencia de lenguaje, encontraremos la siguiente aclaración: “cuando hablar es, primero, escribir”; o esta otra contracción: “hablar (escribir)”³. Otra ocasión en donde aparece mencionada esta noción, sólo una vez, es en *La escritura del desastre*: “estamos deportados hacia un habla de otra índole, habla de escritura”.⁴ De todos modos, la noción estará orbitando en la mayoría de los textos de Blanchot, especialmente en “La literatura y el derecho a la muerte” y en *La espera el olvido*,⁵ lugares éstos, como tantos otros, donde Blanchot postula el “habla” como una instancia de recusación del lenguaje conceptual y de la escritura subsidiaria del discurso.

Uno de los primeros rasgos que Blanchot postula para este tipo de habla es el de la *discontinuidad* o exigencia de interrupción, de ruptura de la imantación circular del lenguaje y de esa ilusión de homogeneidad y continuidad dialógica. El habla de escritura exige la discontinuidad para ser plural, para que se abra a la disimetría de las voces y no se

¹ Hay dos traducciones del mencionado libro al español. La primera, titulada *El diálogo inconcluso*, data de 1970 y la hizo Pierre de Place para Monte Ávila Editores (Caracas). La segunda, retitulada *La conversación infinita*, la realizó Isidro Herrera en 2008 para Arena Libros (Madrid). En estas páginas se citará de la primera traducción.

² Blanchot, Maurice. *El diálogo inconcluso*. 1970, p. 67 y 139, respectivamente.

³ Ibidem, pp. 138 y 139, respectivamente.

⁴ Idem. *La escritura del desastre*. 1990, p. 72.

⁵ Haciendo referencia a este texto de Blanchot, Derrida habla no de “parole” como lo hace Blanchot, sino de “la langue d'écriture”. *Parages*, 1986, p. 55.

fundamente ni en el predominio de una voz sobre otra, ni en la desigualdad o la subordinación de las voces. El habla que se suma a la exigencia de discontinuidad no sólo se abrirá a la interrupción y la disimetría (posibilitando así el acontecimiento de un habla plural) sino que también recibirá “la interrupción misma como sentido”.⁶ Un habla interrumpida es un habla que no se pone bajo la exigencia del responder sino del interrogar, del abrirse al sentido no como totalidad sino como interrupción. Llevando el habla desde la discontinuidad hacia la interrogación que interrumpe, y así al sentido como ruptura e inconclusión, el habla sólo se cumple si se reconoce incompleta. Así, la discontinuidad se vuelve desvío, “desvío que habla como desvío del habla”.⁷ Reconociendo el sentido como interrupción, la exigencia de discontinuidad que hace del habla un desvío sólo puede acontecer en la escritura. Porque Blanchot recuerda la etimología de la palabra “escritura” como movimiento cortante, desgarradura que hiende la superficie, que se desvía hacia alguna dirección en ese corte, que necesita moverse lateralmente para mostrar su recorrido. Por esto, en la escritura del habla del desvío, “quien quiere avanzar tiene que desviarse, y entonces hace un andar curioso de cangrejo”.⁸ Perdemos en castellano las relaciones de sonidos del francés, dado que la expresión coloquial *marcher en crabe* (andar de cangrejo, lateralmente, avanzar de costado, desviar el recorrido yendo no directamente sino a la deriva) se vincula con otro término para mencionar al cangrejo: *écrevisse*, término que inevitablemente convoca los sonidos de *écriture*, *écrire*, *écrite*.⁹ La del cangrejo, pues, es una de las pocas imágenes que se hallan en Blanchot para referirse a la particular noción de escritura que sostiene, escritura vinculada al habla que avanza desviándose o se desvía

⁶ Blanchot, Maurice. *El diálogo inconcluso*. 1970, p. 34. Un camino que quedaría por realizar, acaso desde este punto, es el que indague en la resonancia y la continuidad de esta idea de Blanchot en la reflexión sobre el sentido llevada a cabo por Jean-Luc Nancy, pensando las relaciones que esta noción blanchoteana de *interrupción* se vincula con las nancyanas de *espaciamento*, *exposición*, *extensión*. Rápidamente podríamos estar compelidos a pensar que el quiasmo de lo sensible-inteligible que Nancy reflexiona en torno al sentido (*sentido que se siente sentir(se)*), se alejaría de las propuestas de Blanchot. No obstante, creemos que queda por reflexionar la dimensión de la materialidad del lenguaje, de las palabras, de los signos y del sentido en Blanchot; materialidad fantasmática donde las palabras son cosas cuyo sentido se abre a un poder sin poder. Este camino sin dudas deberá comenzar y detenerse en los textos de *La parte del fuego*, especialmente “El lenguaje de la ficción” y “La literatura y el derecho a la muerte”. Y sin dudas, este recorrido deberá también considerar especialmente las reflexiones de Derrida, fundamentalmente cuando sostiene en “Pas” que “el paso (el otro) es puesto en el paso pero para extraviarlo y hacerlo caer, mezclar el significante con el significado, cruzar el nombre con el sin nombre, el categorema con el syncatégorème, enredar lo el sintáctico y lo semántico, y anunciar por allá un paso más allá de la lengua que vuelve al fonema o al grafema prediscursivos”. Derrida, Jacques. *Parages*. 1986, p. 51.

⁷ Blanchot, Maurice. *El diálogo inconcluso*. 1970, p. 52.

⁸ Ibidem, p. 70.

⁹ Lannoy afirma que “Conocimiento de lo desconocido”, capítulo del libro *El diálogo inconcluso* donde figura esta expresión, contaría con una primera versión titulada “La marche de l’*écrevisse*”, publicada en 1960 en *La Nouvelle Revue Française*. Lannoy, Jean-Luc. “La diferencia entre hablar y ver. Una conversación infinita entre Maurice Blanchot y Emmanuel Levinas” Instantes y Azares - Escrituras Nietzscheanas n° 11, año XII, primavera de 2012, p. 444.

avanzando hacia un punto que nunca será de culminación sino de suspensión, de interrupción, de oscilación, de recursividad. Para avanzar hay que desviarse, y en el desvío lo que se halla es la dispersión, el desarreglo y desarraigo de todas las medidas. Habla como escritura y escritura como desvío: el habla escrita no se reduce a una pregunta ni a una respuesta, a una afirmación o a una negación, porque está antes de todos estos modos, como si el desvío fuera antes de la dirección y como si, en ese movimiento, habla y escritura fuesen indiscernibles.

Postular la separación del habla y de la escritura evidencia, en primer lugar, la vinculación con la exigencia óptica a la que respondió, históricamente en Occidente, el habla, para la cual *hablar es ver* y por lo tanto, escribir sería hacer visible el habla. Es interesante destacar en este punto que quien retoma esta fórmula de Blanchot del “hablar no es ver” es Foucault, y esto se encuentra muy especialmente en la lectura que hace Deleuze del tema en su *Curso sobre Foucault*.¹⁰ Habría que decir que para Blanchot la cuestión radica en que “hablar no es ver” en tanto escribir no es hacer visible el habla.¹¹ La escritura que se asocia al habla no se concibe como manifestación vocal y/o visible del habla sino que rompería con el discurso hablado, vale decir, con el lenguaje en tanto representación. El habla de escritura, disociada del ver, no agrega, no desarrolla, no clarifica, no evidencia; sino que más bien desvía, oscila, suspende, se vuelve plural e interrumpida. En este sentido es que la escritura no hace visible el habla y que hablar no es ver: hay desgarradura, corte, crisis y errancia. En Foucault, según Deleuze, vemos reaparecer esta fórmula pero con una diferencia: hablar no es ver, porque ver no es hablar. Hay diferencia y no conformidad entre estos dos órdenes, ya que entre lo visible y lo enunciable se da una *relación sin relación*, vale decir, una relación que no busca subsumir ni fundir un orden al otro, sino mantenerse en esa extrema exigencia de oscilación y de suspensión de ambos¹². Entre ambos órdenes no hay conformidad, pero habría un primado de lo enunciable por sobre lo visible. Lo que

¹⁰ Deleuze, Gilles. *El saber. Curso sobre Foucault*. 2013, pp. 9-34.

¹¹ Según Lannoy, esta cuestión de la relación entre hablar y ver habría que leerla fundamentalmente en la vinculación entre Blanchot y Levinas. Cf. Lannoy, Jean-Luc. “La diferencia entre hablar y ver. Una conversación infinita entre Maurice Blanchot y Emmanuel Levinas” *Instantes y Azares - Escrituras Nietzscheanas* n° 11, año XII, primavera de 2012.

¹² Es de considerar que en la traducción al español del curso en cuestión se halla la expresión “no-relación”, usada por Deleuze, considerada como una “expresión insólita” (*El saber. Curso sobre Foucault*. 2013, p. 31). Sin embargo, para ser precisos, Blanchot no habla, hasta donde alcanza nuestra lectura, de “no-relación” sino de “relación sin relación”. Precisamente en *El diálogo inconcluso*, Blanchot diferencia tres tipos de relaciones: la *metafísica*, donde rige la ley de lo mismo y que busca la unidad corroborando la separación; la *mística*, donde funciona la misma unidad pero buscando la fusión, el éxtasis; y la *neutra*, que se da a la extrañeza de pensar lo otro sin mediaciones, reservándose a una ausencia infinita, con el doble signo (positivo y negativo) de lo neutro. Esta relación neutra sería, pues, una *relación sin relación*, que no equivale a negar todo tipo de relación (a lo cual nos conduciría la expresión “no-relación” usada por Deleuze) sino a otro tipo de relación, una que asuma la interrupción como signo y la imposibilidad como anhelo.

la distinción de estos órdenes permite es la posibilidad de constatar que no hay experiencia que no esté condicionada por la relación entre lo visible y lo enunciable, vale decir, por el *saber*, según lo entiende Foucault. Lo que puede confirmarse es que “hay lenguaje”¹³, que el lenguaje es un *hay*, el cual desde el siglo XIX muestra un nuevo ser, desmembrando el régimen de la representación y agrupándose en torno a la literatura. Este nuevo ser del lenguaje es el que despliega el *se habla*, ese *murmullo anónimo* donde el habla se dirige hacia todas las direcciones porque no está signada por ninguna dirección en particular. Este *se habla* asume la interrupción del lenguaje y se abre al habla plural. Es por todo esto que distinguir el hablar del ver posibilita la liberación del habla, ya que asumir que el hablar no implica el ver libera al pensamiento y a la escritura hacia esa zona indeterminada (o, para decirlo con Foucault, a ese “estado bruto”¹⁴) donde las palabras están suspendidas en “oscilación muy delicada, un temblor que no las deja nunca quietas (...) en cada palabra, todas las palabras”.¹⁵ A este temblor oscilante y suspendido se entregaría el habla de escritura, ya que en su desvío e interrupción no olvida que todas las palabras están en cada una de las palabras y que por lo tanto escribir el habla o hablar la escritura conduce a esa exigencia extrema de poner al desnudo lo plural del habla de escritura.

Y en este punto es necesario aclarar que Blanchot está pensando aquí muy especialmente en la poesía, en esa habla escrita que da “la vuelta en la torcedura del verso”;¹⁶ habla desviada en la errancia y en la discontinuidad: “presentimos por qué el habla esencial del desvío, la “poesía” en el giro de su escritura, es también habla en que gira el tiempo”.¹⁷ Esta habla de escritura como desvío que sería la poesía gira en el tiempo en tanto escribe “sin desarrollar”, movimiento propio de la poesía que ex-pone y no ex-plica, que repite y retumba para desligar *el habla* del habla, vale decir, para ponerse bajo la exigencia de escritura que se desvía de la exigencia óptica que reduce la escritura a lo visible del habla. Fuera de este orden, y cumpliendo la sola exigencia de escritura como desvío, la poesía como *habla de escritura* no desarrolla porque su movimiento oscilante se cifra en un *grito escrito*, grito que no se despliega como pensamiento sino que se escribe sabiendo que en cada palabra están todas las palabras.¹⁸ De este modo, el habla se abre a esa zona de escritura donde lo que se escribe es el grito y el rumor, nada identificable desde la lógica del

¹³ Deleuze, Gilles. *El saber. Curso sobre Foucault*. 2013, p. 41.

¹⁴ Foucault, Michel. “El pensamiento del afuera”. 1999, p. 297.

¹⁵ Blanchot, Maurice. *El diálogo inconcluso*. 1970, p. 64.

¹⁶ Ibidem, p. 68.

¹⁷ Ibidem, 1970, p. 55.

¹⁸ Sostiene Derrida (*Parages*. 1986, p. 60) que en Blanchot aquello que resta como afirmación, más allá de la gramática, es pensado como *grito*, el cual tiene una relación con el nombre sin ningún tipo de contrato, código o filiación.

pensamiento que desarrolla nociones, conceptos, categorías. De allí que Blanchot postule, para esta especial habla de escritura que es la poesía, la posibilidad de una “escritura sin lenguaje”¹⁹, esto es, una escritura que no sea la de la representación y que no se conciba a partir de la (te(le)ología) de la significación; y donde el oxímoron del “habla de escritura” interrumpa, en tanto desvío, la lógica occidental.

Dice Blanchot que “poesía y literatura no soportan la instancia de una significación o de un conjunto de significaciones ya constituidas y que se organicen por la coherencia de un discurso únicamente lógico”²⁰. Por este motivo, ve en la poesía esa posibilidad *otra* para el lenguaje que es la de ese *escribir sin desarrollar* que mencionamos, esto es, un movimiento que redobla, repite, reedita, “hasta esa palabra de más en que desfallece el lenguaje”²¹. En cada palabra están todas las palabras, y ese movimiento conduce a la palabra de más, a la palabra que se escribe en el habla de la oscilación de lo neutro. La exigencia no conduce, pues al silencio, ya que éste es un nombre dentro del lenguaje; el requerimiento es el de “mantener la palabra”,²² extrema exigencia de sostener esa habla sin medida común, habla no dialéctica, fuera del poder; habla plural y discontinua que es desvío del lenguaje y no medio para decir.

En *El paso (no) más allá*, Blanchot dirá en varias oportunidades que el silencio no es el reverso del habla, ni su rechazo, ni su fin; antes bien, el silencio pertenece al habla, es un nombre que ésta pronuncia y escribe. Para el habla de escritura, el silencio acontece “en la mínima habla” como aquello que “aún no se ha desarrollado en modos de hablar”.²³ Hay en estas páginas una insistencia crucial en lo que se nombra como “lo mínimo del habla”, el habla mínima que no es un habla corta, resumida o sintética. Incluso, al respecto habrá de recordarse que *El paso (no) más allá* finaliza, aunque sin finalizar, con el ruego: “Líbrame del habla demasiado larga”²⁴. El habla larga de la escritura es un intento continuo por salir del orden del lenguaje, pero esa salida tiene la forma de un retorno: hay que mantener la palabra, hay que hablar, hay que continuar ese movimiento de desvío del habla para que ésta no se detenga en ningún punto fijo que oficie de fin, de finalización, de finitud. El habla de escritura se hace en la infinitud del lenguaje pero en lo mínimo de un habla sin poder, despojada de todo poder de decir. Frente al habla de poder que dice la distancia y se afirma en ella, el habla de escritura se configura como un habla *otra* respecto de cualquier

¹⁹ Blanchot, Maurice. *El diálogo inconcluso*. 1970, p. 419.

²⁰ Ibidem, p. 527.

²¹ Ibidem, p. 532.

²² Ibidem, p. 116.

²³ Idem. *El paso (no) más allá*. 1994, p. 162.

²⁴ Ibidem, p. 168.

habla, un habla que siempre se muestra como nueva, como nunca oída antes, aunque su novedad no radica en articular nombres innominados, sino en asumir el anonimato del lenguaje, el “se” del habla que responde a la exigencia escrita.

El habla de escritura responde a una extraña orden: “hay que hablar”,²⁵ orden que nos recuerda a “La literatura y el derecho a la muerte” cuando Blanchot afirma que “hablar es un extraño derecho”.²⁶ El mandato del *hay que hablar* se apoya en un derecho al habla, derecho que a su vez exige un gran sacrificio para ejercerse, una “inmensa hecatombe”: la de la muerte de *lo que es* en lo que se dice, la de la negación de *lo que* se dice y de *quien* dice en el habla. La exigencia del habla escrita radica en esa nada que hace hablar, en esa ausencia de certeza y de plenitud que operan en el lenguaje. De este modo, el ideal de la literatura, dirá Blanchot, es el de “no decir nada, hablar para no decir nada”,²⁷ ya que la única vía para decirlo todo es no diciendo nada, asumiendo que en el habla muere aquello que le da vida y que, antes que cosa-dicha, el habla es cosa-escrita: “un trozo de corteza, una esquirla de roca, un fragmento de arcilla donde subsiste la realidad de la tierra”²⁸. Esta materialidad de lo que resta en la escritura es lo que da cuenta en el habla de que las palabras son también cosas, y de que la *interrupción como sentido* se da en la palabra que, antes que significar, es anonimato universal, resto material donde ningún nombre se ha impuesto aún. El habla de escritura se hace con esos restos materiales, con esos fragmentos de escritura en estado bruto, donde deberá emprender el desvío y el rodeo como camino sin camino, sin dirección, sin (un) sentido. Relación sin relación y sin sentido: el habla de

²⁵ Idem. *El diálogo inconcluso*. 1970, p. 119.

²⁶ Idem. “La literatura y el derecho a la muerte”, 2007, p. 287.

Esta fórmula del “hay que hablar” la encontramos en dos autores cercanos a Blanchot, aunque con diferencias considerables en sus propuestas. Por un lado, Francis Ponge sostenía en “Apuntes en prosa”: “hay que hablar, hay que sostener la pluma” (*Métodos*. 2000, p. 73). Blanchot hablará de Ponge en “La literatura y el derecho a la muerte”, de quien sostiene que representa esa vertiente de la literatura (opuesta a la del mutismo ante las cosas supuestamente desconocidas) que se inquieta por la existencia de las cosas aliándose a la realidad del lenguaje. Hablar, para Ponge, implica sostener la pluma, el elemento de escritura: hablar es escribir. Y Blanchot sabrá leer en Ponge esa manera extraña de hablar, cuando el habla se hace en la escritura poniéndose ante la cosa, provocando un esfuerzo enorme del lenguaje, en esa enormidad que se traduce en lo mínimo de un habla despojada de poder.

Por otro lado, en Derrida (quien también supo leer, en su inextricable *Signèponge*, un doble movimiento en la escritura de Ponge: hacia fuera, en un retorno a las cosas; hacia adentro, en un retorno al lenguaje) encontramos nuevamente la fórmula del “hay que hablar”, modulada en términos de “cómo no hablar”. La pregunta por *cómo no hablar* es justamente por *cómo no poder evitar hablar*, dado que “el lenguaje ha comenzado ya sin nosotros, en nosotros, antes que nosotros. Es lo que la teología llama Dios y hay que, habrá habido que hablar” (Derrida. *Cómo no hablar*. 1997, p. 33). Vemos que aquí no está en cuestión el no hablar, ya que no es posible. Así, *hay que y habrá habido que* hablar porque la promesa del lenguaje está impresa en nuestra boca aún “antes del lenguaje” (Derrida. *Cómo no hablar*. 1997, p. 22).

Blanchot, Ponge y Derrida responden, cada cual en su juego, a esta exigencia extrema del habla de escritura: hablar es esa rara exigencia que nos compele a hablar, como si no se pudiera más que hablar. Y como si hablar no implicara otra cosa más que escribir.

²⁷ Blanchot, Maurice. “La literatura y el derecho a la muerte”, 2007, p. 289.

²⁸ Ibidem, p. 291.

escritura no se dirige a ninguna parte ni se relaciona con ningún fin, su andar curioso de cangrejo la desvía en la arena, dejando sus trazos oblicuos en una superficie que pronto sabrá olvidarla.

En *La espera el olvido* se dejará clara evidencia de ese camino del habla del desvío propio de la escritura, donde lo que se busca es “la pobreza del lenguaje”²⁹ y su mínimo de habla, su fragmento que espera y que olvida. Las palabras desgastan y erosionan el poder de esta habla, que se reconoce *neutra y blanca*, que se sabe sin poder y que por ello mismo no se presenta ni como un ruego ni como una orden. Si fuera un ruego o una orden, no habríamos salido aún del habla de poder, del habla dialéctica. Sin embargo, aquí el habla se sabe en ese espacio siempre móvil de lo que se da al olvido, y al mismo tiempo, espacio siempre inmóvil de lo que se da a la espera. Espera y olvido se relacionan como habla y escritura: en apariencia de oxímoron, de contradicción, de oposición, ambas mantienen una relación sin relación con la palabra que hay que mantener. “Palabra de arena”³⁰ es la que se sostiene en el desvío del cangrejo, y la arena se presenta como una imagen preci(o)sa para pensar la escritura, no sólo por ser (des)obra de la erosión del tiempo, sino también por extenderse sobre infinitas superficies y, aún así, no ser inmóvil sino volátil. Y finalmente, por ser huésped de lo efímero de las huellas, en el sentido doble de *huésped* y del genitivo: porque en la arena se dejan huellas y porque se dejan huellas de arena;³¹ porque la arena recibe a las huellas en su superficie y las borra, así como la arena deja huellas imperceptibles en otras superficies que las borran. El habla de escritura se nos figura así como esa *palabra de arena* que atrae todas las palabras y las mantiene, desviándolas, en cada palabra. El cangrejo que marcha lateralmente deja huellas de arena en la arena, y esa afirmación de su desvío atrae, en su desvío y para su desvío, todas las palabras. La arena murmura con y bajo sus huellas, y lo que continúa incesantemente es ese eco parlante del habla escrita, ese zumbido que hacen los fragmentos minúsculos cuando se rozan en superficie.

Así como la arena es erosión y a su vez erosiona, del mismo modo el habla conlleva “una condena todavía ignorada y una dicha todavía invisible”³². La condena de saber que, cuando habla, muere lo que dice y quien dice; y la dicha de que en esa muerte radica la felicidad de la palabra de más, de esa palabra que habla para no decir nada en tanto se ha

²⁹ Idem. *La espera el olvido*. 2004, p. 13.

³⁰ Ibidem, p. 88.

³¹ En un texto dedicado a Michel Leiris, Jean-Luc Nancy habla del peligro de la arena, porque ella borra y sepulta enigmáticamente, gracias al murmullo de sus fragmentos, a esos inexplicables restos minúsculos de huesos y piedras, de cangrejos que anduvieron sobre ella lateralmente, como la escritura. Dice Nancy: “Un murmullo como de arena. Si no permaneciéramos vigilantes, la arena sepultaría poco a poco todas las Esfinges y todas las Pirámides. Aquí nadie está comprometido con esa vigilancia: por eso, los enigmas, y las tumbas, y los secretos, son documentos borrados” (“Les Iris”. 2007, p. 98).

³² Blanchot, Maurice. “La literatura y el derecho a la muerte”. 2007, 303.

liberado del pensamiento dialéctico y del lenguaje conceptual. La condena de la muerte de la cosa-nombrada se vuelve dicha en el habla de escritura que se entrega a la exigencia de hablar (*hay que hablar*), en la interrupción como sentido, cuando el sentido resta “errando como poder vacío”³³. Un poder que ha perdido su poder no deja de ser poder, sino que muestra una manera *otra* de serlo, acaso un modo mínimo, oscilante, interrumpido, discontinuo; vale decir: un poder *en reserva* de poder, un poder *en ausencia* de poder. Es este tipo de poder el que asume el habla de escritura, que deberíamos siempre decir que *asume* y no que *ejerce*. Esta aclaración es necesaria, en tanto que etimológicamente la palabra ‘asumir’ en castellano deriva del verbo ‘sumir’, que de su significado preciso de ‘tomar’ ha derivado significaciones como ‘sumergir(se)’, ‘hundir(se)’; mientras que ‘ejercer’ tiene el significado de ‘hacer trabajar’, ‘hacer practicar sin descanso’. Las diferencias de ambos términos son claras: decir que un *poder se asume* es afirmar que se sumerge en él, que se hunde en él, y su matiz semántico es evidentemente de pasividad. Mientras que afirmar que un *poder se ejerce* es significar que se practica, que se hace actuar, con una clara significación de imposición activa (y hasta incluso violenta) de acción. El poder que asume el habla de escritura es un poder sin poder, un poder de pasividad, un poder vacío que no ejerce ni hace ejercer acciones sino que se desvía de todo tipo de imposición.

Cabe aclarar que la afirmación de la pasividad en Blanchot siempre se da frente al advenimiento de la otredad, advenimiento del desastre en el pensamiento expuesto a lo desconocido y abierto a una dimensión de poder sin poder, de exterioridad de un pensamiento donde el otro exige una respuesta en su solo acontecer.³⁴ El otro adviene no como otro del yo ni como yo del otro, sino como lo otro de lo otro. En la distancia infinita, separación que al separar se convierte en relación,³⁵ la exigencia es la del desprendimiento de todo desprendimiento, inclusive del desprendimiento mismo. Es en el pensamiento del desastre (de ese resto que no se deja pensar) en el que “el otro se anuncia callando”³⁶, en la intensidad de su presencia pasiva, pasividad y no poder del pensamiento frente al otro como interrupción de toda palabra y todo discurso. En el infinito de pasión y pasividad, de paciencia y de no poder, es la inmovilidad de este estado el que puede postularse, según

³³ Ibidem, p. 293.

³⁴ Conviene en este punto recordar lo que Blanchot define (aunque sin definir, esto es, sin voluntad de formular una definición) por “acontecimiento”: “Un acontecimiento: aquello que sin embargo no lega al campo de la no-llegada y, al mismo tiempo, llegando, llega sin concentrarse en algún punto definido o determinable —el acontecimiento de lo que no sucede como posibilidad única de conjunto” (Blanchot, *El diálogo inconcluso*, 1970, p.18).

³⁵ Cf. Blanchot, Maurice. “La amistad”, 1976. p. 258.

³⁶ Blanchot, Maurice. *La escritura del desastre*, 1990, p. 18.

Blanchot, como de “obediencia servil”.³⁷ Y más aún, abandonado a la pasividad por la intimación extrema del otro, la situación de pasividad que acontecería aquí sería la de la “servidumbre del esclavo sin amo”,³⁸ donde lo que caracteriza a este estado sería “el anonimato, la pérdida de sí, la pérdida de cualquier soberanía pero también la de toda subordinación”,³⁹ la imposibilidad, la no acción, la dispersión, la *desobra*. Esta es la dimensión de lo neutro, espacio sin tiempo y tiempo sin lugar, habla *otra*, habla de escritura, habla de fragmento que acontecen en el *desastre* de la escritura ante la ruptura del discurso predicativo.

El cambio que genera el “hablar (escribir)” precisamente se da respecto al discurso de unidad y a sus relaciones entre las palabras, relaciones de subordinación y de poder. El habla de escritura rompe con esa unidad, abriéndose a la discontinuidad, a la disimetría, a lo plural, en tanto se da como un “habla no unificante” y “no doctoral”,⁴⁰ vale decir, como un habla que no acepta funciones de medialidad ni de homogeneidad y que en ningún momento busca hacer referencias a la unidad. Por esta razón es que el habla de escritura nunca implicará un medio de conocimiento, o un modo de ver, de poder o de tener.

Mantener la palabra del habla de escritura exige exponerse a la extrema infinidad de la distancia y de la espera, a la discontinuidad de lo plural, a la hipérbole de un vacío tautológico donde el habla traza el desvío de su camino. “Escribir: trazar un círculo en cuyo interior vendría a inscribirse el afuera de todo círculo”⁴¹: el habla no dialéctica que se entrega a la escritura no aspira a la unidad, sino que asume la extrañeza de la distancia y así rompe el círculo progresivo de la dialéctica para abrirse a otro tipo de circularidad, aquella que se sabe en un tipo de círculo (un círculo de recursividad, de pleonismo, de erosión de la predicación) pero dada en el afuera de todo círculo (de todo círculo de la unidad del significado, del poder del discurso lineal). El habla de escritura se entrega al pleonismo, el cual se diferencia de la paradoja ya que, a diferencia de ésta que afirma ni niega al mismo tiempo, el pleonismo enuncia pero sin enunciar (sin predicar), mostrando la manera en la que las palabras van plegándose y vaciándose, circularmente, sobre sí mismas. Enunciados pleonásticos del tipo “pensamiento sin pensamiento”, “otro como otro”, “desconocido como desconocido” saturan el lenguaje vaciándolo de su poder de predicación. Lo que el pleonismo evidencia es un poder sin poder: el del habla de escritura que habla pero sin predicar, interrumpiendo las relaciones lógico-gramaticales en su saturación. El pleonismo

³⁷ Ibidem, p. 24.

³⁸ Ibidem, p. 22.

³⁹ Ibidem, p. 22.

⁴⁰ Blanchot, Maurice. *El diálogo inconcluso*. 1970, p. 138.

⁴¹ Ibidem, p. 140.

anuncia una sustracción, una cesión, un abandono, un vaciamiento a costa de sí mismo para discontinuarse y encontrarse con lo otro, ese otro que, en la pasividad, se manifiesta paradójicamente y se da pleonásticamente, en la interrupción de su habla *otra*, murmurada y escrita.

En *El diálogo inconcluso*, el último capítulo del apartado “Habla plural (habla de escritura)” se denomina, precisamente, “Un habla plural” y aquí Blanchot establecerá las diferencias entre lo que postula como “habla plural” y el habla propia del diálogo. En una primera instancia, se dice que esta última es el habla que conoce la pausa de una voz para darle cabida a otra, que se van turnando en la sucesión de intervenciones y en el ritmo respiratorio del discurso. Pero lo que le resultará enigmático a Blanchot es esa pausa que acontece en el diálogo entre una voz y otra. En un capítulo del mismo apartado del libro que comentamos, denominado “La interrupción como una superficie de Riemann”, sostiene que esa pausa es el enigma del lenguaje, en tanto que lo que se suspende en el diálogo es el poder mismo de hablar cuando el otro habla. Es necesaria esa pausa, esa habla interrumpida; pero es importante reconocer que puede tomar direcciones muy diferentes: por un lado, en el habla común se presenta como un simple intervalo, como un mero turnarse en el diálogo, diálogo cuyo horizonte será eso que llamamos *sentido común*. Aquí, sólo dos “yo” son los que pueden entablar este tipo de diálogo, turnándose para decir “yo” pero nunca dejando de decir “yo”. En suma, este tipo de diálogo sostiene que “toda habla es violencia”⁴² en tanto que, en este espacio de duplicidad esencial, hay mandatos, temores, elogios, etc. Pero hay otro tipo de pausa, más enigmática, que es la interrupción “que introduce la espera y mide la distancia entre dos interlocutores”.⁴³ Lo que está en juego aquí no es lo que el poder de un habla pueda ejercer desde un “yo” hacia otro “yo”, sino que es una pausa que abre una relación sin relación con la alteridad y su distancia infinita.

Sin dudas, la suspensión de esta habla interrumpida es la que se pone en escena en *La espera el olvido*, habla donde acontece un cambio profundo en la estructura del lenguaje ya que asume la disimetría y la discontinuidad: “en un solo lenguaje hacer escuchar la doble habla (...) lo que hay que esperar sólo sirve para mantener la espera”.⁴⁴ La espera, la pausa del habla, no se resuelve sino que se intensifica y así el habla discontinua se abre a lo plural, donde no hay posibilidad de establecer ningún tipo de medida común entre lo otro y yo. De la geometría plana, jerarquizada y mediadora del diálogo en el habla común, se pasa a la “curvatura del universo” de un habla que afirma la interrupción y la ruptura, que intensifica

⁴² Ibidem, p. 144.

⁴³ Ibidem, p. 136.

⁴⁴ Idem. *La espera el olvido*. 2004, p. 11.

la pausa en un trabajo infinito y desgastante donde se expone “un habla verdaderamente plural, habla que precisamente siempre está destinada de antemano (disimulada también) a la exigencia escrita”.⁴⁵ De este modo, el habla que se pone bajo la fascinación y la exigencia de la escritura asume el plural del murmullo, se desprende de todo “yo” para abrirse a una experiencia *otra* del lenguaje, no dialéctica, en el “agotamiento del habla por el habla”.⁴⁶ Interrumpiendo el discurso de autoridad que toda habla común articula, en la suspensión del poder del “yo” y en la pausa que abre el habla a la espera, esta habla que escribe no habla para callar ni para entregarse al mutismo, sino para salir del orden del lenguaje. Sólo en lo más mínimo del habla, el habla se entrega a habla (a la escritura) difiriendo del habla (común). Así, el habla se vuelve plural en ese espacio movedizo donde *hay que hablar*, donde hay que mantener la palabra, pero donde hay que hacerlo en la espera, y andando un camino de desvío, de espera y de olvido: “el habla responde a la espera” y “está dada al olvido”.⁴⁷

Así, el habla de escritura sólo es pronunciada por error, en el errar. Por ruptura, en la discontinuidad. Por suspensión, en lo mínimo. Por distancia, en la extrañeza. Por nada decir, en el anonimato. Por el murmullo, en estado bruto. Desvío en el desvío. Huellas en la arena de las huellas de arena. Poder en reserva de poder. Como si la escritura en el habla y habla en la escritura tuvieran la curvatura como espacio, el olvido como compañero, la espera como juego. *Hay que hablar*: la escritura así lo exige.

⁴⁵ Idem. *El diálogo inconcluso*, 1970, p. 145.

⁴⁶ Idem. *El paso (no) más allá*. 1994, p. 73.

⁴⁷ Idem. *La espera el olvido*. 2004, p. 79 y 85.

Referencias

- Blanchot, Maurice. *El libro que vendrá*. Caracas: Monte Ávila. 1969.
- *El diálogo inconcluso*. Venezuela: Monte Ávila, 1970.
- *La risa de los dioses*. Madrid: Taurus. 1976.
- *Falsos Pasos*. Valencia: Pre-textos. 1977.
- *El espacio literario*. Buenos Aires: Paidós. 1978.
- *La escritura del desastre*. Caracas: Monte Ávila. 1990.
- *La comunidad inconfesable*. México: Vuelta, 1992.
- *El paso (no) más allá*. Barcelona: Paidós, 1994.
- *La bestia de Lacaux. El último en hablar*. Madrid: Tecnos. 2001.
- *Sade y Launtréamont*. Editora Nacional: Madrid. 2003.
- *La espera el olvido*. Madrid: Arena Libros. 2004.
- “La literatura y el derecho a la muerte” en *La parte del fuego*. Madrid: Arena Libros. 2007.
- Del Barco, Oscar. *Exceso y donación. La búsqueda del dios sin dios*. Buenos Aires: Biblioteca Martín Heidegger, 2003.
- *La intemperie sin fin*. Córdoba: Alción Editora. 2008.
- Deleuze, Gilles. *El saber. Curso sobre Foucault. Tomo I*. Buenos Aires: Cactus, 2013.
- Derrida, Jacques. *Parages*. Paris: Galilée, 1986.
- *Cómo no hablar y otros textos*. Barcelona: Proyecto A, 1997.
- Foucault, Michel. *Entre filosofía y literatura. Obras esenciales, Volumen I*. Barcelona: Paidós, 1999.
- Heidegger, Martin. *De camino al habla*. Barcelona: Odós, 1987.
- Lacoue-Labarthe, Phillipe *La poesía como experiencia*. Arena Libros, Madrid, 2009.
- Nancy, Jean-Luc. *El peso del pensamiento*. España: Ellago, 2007.
- *La declosión I. La deconstrucción del cristianismo*. Buenos Aires: La Cebra. 2008.
- Ponge, Francis. *Métodos. La práctica de la literatura, El vaso de agua y otros poemas ensayos*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2000.